

riosas. Según las palabras de D. Hernando, quien algunos días después se aposentó en ella, "es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la "gentileza y grandeza de toda esta huerta." (1) Sandoval con los suyos se alojó en aquel ameno jardín; los castellanos cansados, maltratados y hambrientos se pusieron á tomar refrigerio y á curar sus heridos, mientras los aliados se entregaban á saquear las casas. De improviso los corredores de campo vinieron dando voces: ¡Al arma! ¡Al arma! ¡Llegan grandes escuadrones de los mexica! Obra de un instante fué embridar los caballos y empuñar las armas; era tiempo; los tenochca penetraron hasta la plaza principal, trabándose en ella una terrible lucha, sostenida en las calles y prolongada hasta que los mexica huyeron metiéndose por unas barrancas. Los vencedores descansaron dos días en Huaxtepec. (2)

Los chalca dieron aviso á Sandoval, existir una guarnición mexicana en un pueblo cercano hacia el E., nombrado Yacapichtla, la cual guarnición era importante destruir. El capitán mandó un requerimiento pidiéndoles se diesen de paz; ellos contestaron, que fuesen allá, que con sus cuerpos tendrían hartazgos y con los prisioneros harían sacrificio á sus dioses. No obstante la respuesta, Sandoval no pensaba ir á combatir la fortaleza, así por estar herido, lo mismo que muchos peones y caballos, como porque habiendo luchado en tres reencuentros no quería salirse de las órdenes del general, además, algunos de los capitanes le aconsejaban volverse á Texcoco, pero el capitán Luis Marin le determinó á lo contrario diciéndole, que los de Chalco estaban dispuestos á enemistarse con los blancos si los tenochca no eran desbaratados, con lo cual la hueste salió en busca del enemigo. Yacapichtla, colocado en la cima de un cerro, estaba defendida por la naturaleza; el terreno agrio y sembrado de obstáculos hacía la posición poco ménos de inexpugnable. Salie-

(1) Cartas de Relac. pág. 221.

(2) Cartas de Relac. págs. 213—14.—Bernal Díaz cap. CXLII.—Herrera déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVI.

ron los culhua al encuentro de los castellanos, hirieron á algunos de ellos y á tres caballos peleando largo rato, amparándose en seguida entre los peñascos, tocando sus caracoles y atabales, arrojando gritos de provocación y desafío. Sandoval dejó parte de la caballería en observación por si se presentase algún socorro, hizo desmontar el resto para reforzar á los peones, formando un cuerpo unido para subir al asalto. Los aliados estaban indecisos al pie de la altura remolinando con sus jefes: ¿qué haceis ahí les dijo Sandoval, que no subís á combatir la fortaleza? ellos respondieron no atreverse por ser muy fuerte, y que para eso venían sus amigos los teules. El valiente Sandoval, aunque herido, se puso al frente de la columna; no obstante lo escarpado de la subida, haberle herido de nuevo á él y á muchos de los suyos, y la lluvia de armas arrojadas que de lo alto caían, trepó la falda, llegó á la cumbre, penetró en el pueblo y arrojó de ahí á los defensores: aquellos intrépidos guerreros teniendo á mengua rendirse, se despeñaron por los riscos abajo, tiñendo en sangre la corriente que por lo bajo del cerro se desliza. "Y todos los que más daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlascaltecas, porque nuestros soldados, si no fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilladas á ningún indio, porque les parecía crueldad; y en lo que más se empleaban era en buscar una buena india ó haber algún despojo; y lo que comunmente hacían era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios, ó indias porque no los matasen." (1) Verdaderamente típicas son estas descripciones del inimitable cronista conquistador.

Sandoval regresó á Texcoco llevando muy buen despojo, en especial de indias escogidas. Iba á dar cuenta del resultado de su comisión, cuando por el lago llegaron emisarios de Chalco avisando que los mexica en número de veinte mil hombres, embarcados en dos mil canoas, se acercaban de nuevo sobre la provincia. Al oír semejante nueva, D. Hernando, que se figuraba estar terminada la guerra, se enojó grandemente con Sandoval, considerando que aquello provenía de ineptitud del capitán, así fué que, sin escucharle, le dió orden para dejar los heridos en la ciudad, retornando en aquel punto al socorro de los quejosos. Aquel proceder disgustó profundamente

(1) Bernal Díaz, cap. CXLII.

á Sandoval, quien sin dar descanso á su estropeada hueste, emprendió la marcha, tomando el camino de la disputada provincia. Al llegar á Chalco las cosas habían cambiado con el socorro de Huexotzinco, Cuauquechollan y Tlaxcalla, los chalca habían desbaratado por completo á los tenochca, haciéndoles buen número de prisioneros, entre ellos quince capitanes y principales. Sandoval llegó á saber la victoria, recojió á los cautivos y regresó á Texcoco, evitando presentarse al general para darle cuenta del resultado. El descontento entre ambos jefes duró poco, pues Cortés satisfizo á su lastimado amigo, procurando borrar el agravio con nuevas distinciones. (1) Otros muchos rebatos y peleas pasaron en este medio tiempo entre culhua y aculhua. (2)

Los esclavos habidos en esta entrada, con los tomados en las anteriores, fué mandado se llevasen á un edificio señalado, para marcarlos con la terrible G de hierro, pagando los propietarios lo correspondiente al fisco. Cumplieron los soldados la prescripcion; pero si en Tepeyacac hubo fraudes, aquí tuvieron lugar otros muchos mayores. Sacóse el quinto para el rey, otro quinto para el general, ciertas porciones para los capitanes y por añadidura durante la noche desaparecieron las buenas indias, objeto, despues del oro, el más codiciado: sacadas las piezas á la almoneda, los oficiales reales hicieron su beneplácito sin guardar la menor justicia. El precio de las piezas adjudicadas á los soldados se apuntaba en los libros, cargándolo á cuenta de lo que á cada quien debía tocar del despojo, resultando que muchos llevando malas esclavas, resultaban adeudados y sin esperanza de reparto alguno. Para contrariar estos procederes, la superchería se hizo moneda corriente; quien se apoderaba de una buena india, bien la ocultaba dejándola de presentar, ó bien la hacía pasar por naboria tlaxcalteca ó de otro pueblo amigo. Las indias mismas huyan de quienes las trataban mal, refugiándose en poder de quienes tenían fama de humanos y caballeros, desapareciendo de manera que no se volvía á encontrarlas. (3)

Con los repetidos combates dentro del Valle, Cuauhtemoc había concentrado sus guerreros en los alrededores de Tenochtitlan. Con

(1) Bernal Díaz, cap. CXLII.

(2) Cartas de Relac. pág. 215.

(3) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

esto quedó expedita la comunicacion entre la Villa rica y Texcoco, entablándose por los correos indios diarias noticias entre ambos puntos. Por este tiempo subió un mensajero de la Vera Cruz trayendo algunas ballestas, escopetas y pólvora. Dos días despues vino nuevo mensajero dando la noticia de haber llegado tres naves al puerto “y que traían mucha gente y caballos; y que luego los despacharían para acá; y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro.” (1)

En otra nao procedente directamente de Castilla vino Julian de Alderete primer tesorero nombrado por el rey, algunos hidalgos que tomaron parte en la conquista y “vino un fraile de San Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor San Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla; trajo entónces por comisario y quien tenía cargo de las bulas á Jerónimo López, que despues fué secretario en México.” (2) Aquellas bulas de composicion aprovechaban á las personas que teniendo bienes ajenos, ignoraban quiénes fueran sus verdaderos dueños. La verdad es, que el caso de tomar despojos en el saco de una puebla, quedaba fuera del sentido de la concesion; mas los soldados se apresuraban á componerse, saliendo muy cómodo y barato, tranquilizar la conciencia y continuar como poseedor de buen derecho, dando una fraccion de las cosas robadas.

Cortés procuraba por todos los medios posibles atraer de paz á Cuauhtemoc. En consecuencia, encargó á los prisioneros entregados por los Chalca llevaran un mensaje á México; resistieronlo por temor de ser muertos, y sólo dos aceptaron á condicion de llevar una carta, que si los de Tenochtitlan no sabían leer, le darían crédito como emanada de los blancos. Decíase en la misiva á Cuauhtemoc, y así se les hizo entender á los enviados por medio de los intérpretes, no prosiguiera la guerra y se diera por vasallo del rey de Castilla, á fin de cortar su pérdida, la de los suyos y la destruccion

(1) Cartas de Relac. pág. 216.—Prescott, tom. 2, pág. 161 enumera, “doscientos hombres bien provistos de armas y municiones y setenta ú ochenta caballos.”—No se dice cuál era la procedencia de las naves; lo natural es admitir que de las islas.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

